



CARTAS CASERAS

XII

Todavía en Moscou - Regresando al Hotel - La casa central de las Uniones Socialistas - El plan quinquenal - Stalin en ese su XVI Congreso del partido. El Museo de la Revolución - La casa de los divorcios y la de los Comisarios. Una capilla católica - ¿Hay en Moscou Universidad? - Un asilo de noche.

Al regreso al hotel contemplamos el edificio de la Casa Central de las Uniones socialistas (M-18), el antiguo y suntuoso edificio Philippoff, el Gran Teatro con infinidad de carteles anunciadores de los grandes festivales en Octubre e infinidad de calles y antiguos edificios, para pasar por el arco



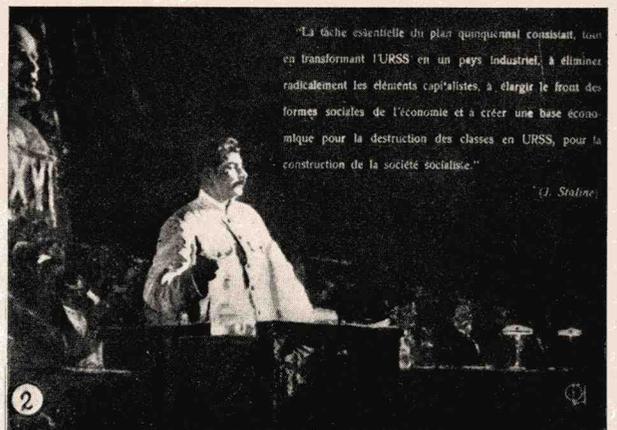
Iglesia de Juan el Grande o Ivan Veliki

del Triunfo de Alejandro I, y por el cuartel Kruitzki cuya puerta de entrada es una maravilla, por las Casas consistoriales que actualmente no sabemos a qué están destinadas. En nuestra vuelta a la ciudad, como podíamos denominar a este paseo, no hemos cesado un instante de ver por todos los sitios infinidad de carteles murales alusivos a las ventajas del plan quinquenal y del régimen, que llenan todo Moscou y que en infinidad de colecciones y fotografías (fotografías adjuntas) intentan poner de manifiesto todo el adelanto industrial y agrícola que ha experimentado Rusia con el régimen soviético actual.

Por la tarde, después de muchas discusiones sobre si está o no acordada su visita, nos llevaron al Museo de la Revolución que de todo lo «soviético» que hemos visto quizás nos parece lo más interesante.

En un antiguo palacio ducal restaurado y acondicionado perfectamente hay instaladas en sus diversas estancias todas las pinturas clásicas de las revoluciones e infinidad de revolucionarios de todas las épocas que han intentado en Rusia una modificación violenta del mecanismo de la Gobernación

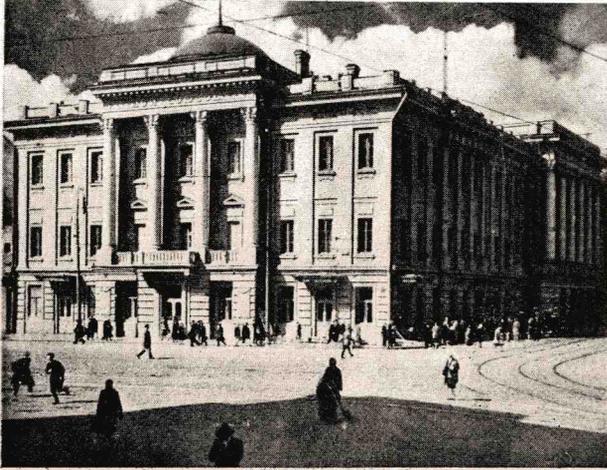
de tan vasto país. Entre los numerosos cuadros, algunos de un valor artístico considerable, hay unos que representan escenas de la revolución y de la represión tan enorme que se hizo en los Urales en tiempo de Catalina II. Otras revoluciones, de los distintos siglos y algunos cuadros representando el trágico fin de sus cabecillas ejecutados y sometidos a los más terribles suplicios en Moscou. Todos los periódicos, proclamas, emblemas, útiles y objetos de toda clase empleados por los antiguos conspiradores del partido terrorista. Están muy bien ordenados; documentos y fotografías de revolucionarios y muchas mujeres revolucionarias, de las que conspiraron en el reinado del zar Alejandro II, pródigo en atentados terroristas en uno de los cuales, hábilmente preparado, sucumbió la pareja imperial. La guía nos explica que convencidos al fin los terroristas de la verdad de aquel refrán español de «a rey muerto rey puesto» cambiaron de procedimiento y dirigieron todos sus esfuerzos a sembrar sus doctrinas en el ejército y la marina que al fin y al cabo fueron los elementos que dieron el triunfo a los partidarios de Lenin y Trosky.



Stalin en su XVI Congreso

En las siguientes salas continúan las series de retratos de revolucionarios y conspiradores distinguidos. Entre ellos hay el de una revolucionaria que nos parece ser propiamente el de una señorita del servicio de Intourist que es la que en el hotel se encarga de la dirección de nuestras visitas y

dá las oportunas órdenes a la guía que nos acompaña. En otra sala están todos los recuerdos de la guerra ruso-japonesa y de la revolución que siguió a aquella. Retratos de revolucionarios y fotografías de escenas de aquella convulsión llenan la estancia. Entre ellas descuellan infinidad de



Casa Central de las Uniones Socialistas

cuadros que representan la violenta represión ordenada por el zar Nicolás II en la explanada del palacio de Invierno del Antiguo San Petersburgo y que tantas víctimas costó en el memorable domingo rojo de Enero de 1905 y a raíz del cual la familia imperial, por estar alejada del medio revolucionario de Petrogrado trasladó su residencia a Tsarkoie-selo.

En las últimas salas están todos los recuerdos de la revolución del año 1917 y allí se ven infinidad de cuadros de escenas ya conocidas en tantos y tantos dibujos y fotograbados como de aquella revolución se han publicado.

Al salir de visitar el museo de la revolución nos acercamos un momento a ver una especie de juzgado municipal en donde de una manera simplificada se llevan a cabo los matrimonios y divorcios con arreglo a la nueva legislación de los soviets. El local no puede ser más detestable. Nos parece entender que allí los abogados no tienen razón de ser ya que la justicia se administra sistemáticamente y simplificándola en todo lo posible. Vemos allí una pobre mujer que sale llorando. Nos enteramos que su marido solicitó el divorcio y ahora acaban de comunicarle a ella el resultado de tal solicitud. Siempre se accede a lo que reclama uno de los cónyuges aunque no tenga razón ni se lo comunique previamente al otro. Nos extraña esta manera tan sencilla de llevar a cabo el divorcio y al preguntar qué en el caso de que haya hijos en un matrimonio que se va a deshacer, que determinación se toma con ellos, nos contestan que esos casos los tiene siempre resueltos el juzgado y que no hay nunca la más pequeña dificultad. De todos modos no nos enteran bien de lo que preguntamos aun cuando nos parece que la realidad dista muy poco de lo que nos suponemos. Nos habíamos propuesto ir a una iglesia católica si es que la había como decían y a tal efecto estuvimos todo el día recordando a la guía nuestro deseo de visitar tal iglesia. Siempre que suscitábamos el tema, todo eran evasivas, pero decididos a llevar a cabo nuestro propósito presentamos en la oficina de Intourist del hotel una especie de ultimatum en el que protestábamos de la inconsideración con que se nos trataba y ex-

poníamos nuestro interés en visitar las cuatro cosas siguientes: Iglesia católica, Universidad, Dispensarios antituberculosos y Sanatorios de enfermos mentales.

Tras una discusión interminable en la que ya empezamos a hacer una verdadera protesta y a denostar a Stalin y al régimen soviético, a Intourist y a todo lo que se relacionaba con el mismo, nos promete la guía acompañarnos por fin a la iglesia católica como nos había ofrecido. Era ya cuestión en la que nos habíamos empeñado y no nos íbamos a marchar de Moscou sin haberlo conseguido. Después de esperar dos horas y cuarto a uno de los consabidos automóviles Lincoln de los del servicio de Intourists, nos acompañó la guía una iglesia situada casi en el mismo corazón de Moscou.

No parece por fuera ser una iglesia a no ser por una pequeña cruz que remata la puerta de entrada. Está cerrada. Una infinidad de pobres niños que luego supimos estaban atendidos por personas cuidadosas del culto de aquel templo, se apresuran a buscar a una señora que es la encargada de la limpieza y cuidado de la iglesia. Nos sorprende la docilidad de aquellas pobres criaturas que a la más pequeña indicación nuestra de querer entrar en la capilla católica corrieron a la casita en donde reside la guardadora de aquel templo. Se trata de una señora ya anciana, francesa, que nos franquea la entrada. Nos dice que la tal iglesia está bajo la protección y el nombre de la Embajada francesa. Nos explicamos ya la existencia del culto en la misma. Considerada como de la Embajada creemos goza del privilegio de extraterritorialidad y eso hace posible el culto.

Con verdadera emoción, ya que estamos en el mismo centro de la oficialmente ateísimas Rusia de los Soviets, rezamos en aquella pobre iglesia, cuidadosamente limpia, sencilla y magníficamente adornada y en la que vemos entre las innumerables sillas dedicadas a los fieles, una serie de ellas en lugar preferente con las tarjetas de distintas embajadas y de muchos diplomáticos extranjeros que sin duda no han encontrado otro sitio dedicado al culto católico que aquella iglesia que tiene que estar bajo el amparo de la católica Francia para tener razón



Casa de los Comisarios

de existencia en esta tierra de los bolcheviques y de la lucha antirreligiosa. Rezamos una estación ante el Santísimo. De todas las impresiones que recibimos en Rusia quizás esta fué la más profunda. Al salir, la pobre señora encargada de la custodia de la iglesia nos dijo que al frente de ella había

un sacerdote francés que no estaba en aquellos momentos allí y que con mucho gusto nos hubiera atendido. Nos explicó las limosnas que en dicha iglesia se hacían a los pobres rusos que vivían en los alrededores y la infinidad de necesidades que socorrían. Le entregamos cien francos para limosna de dos misas que celebraría el sacerdote. Nos fuimos verdaderamente emocionados no sin haber dado antes unas cuantas monedas a la infinidad de pobres niños que por allí merodeaban y que nos despidieron con inequívocas pruebas de gratitud por nuestra limosna. El principal de los objetivos que nos habíamos propuesto estaba logrado.

Regresamos al hotel no sin pasar antes por la casa de los Comisarios (M-19), que la guía nos la mostró con verdadero orgullo, como una de las más admirables construcciones moscovitas de después de la revolución.

Insistimos repetidamente en visitar la Universidad o por lo menos la Facultad de Medicina puesto que al fin y al cabo era un viaje de médicos y nada más natural que visitar aquellos centros mencionados. Entre que si estaba la Universidad en reparaciones, que si no había clases ahora, que si era necesario pedir autorización especial al director de aquélla y en último término con un categórico «no puede verse» nos dejaron sin conocerla.

A cambio de los Dispensarios antituberculosos y de los Sanatorios de enfermos mentales, nos ofrecieron enseñarnos un Sanatorio de Noche. Se trataba de una casa antigua en la que han instalado treinta y siete camas para mujeres y treinta y una para niños que residen en una determinada zona y que son alojados allí por la noche, sirviéndoseles el desayuno al día siguiente antes de ir a sus labores. La directora del mismo que nos facilitó los anteriores datos, nos dice que de esta clase de Sanatorios hay muchos en Moscou, pero a decir verdad, en la guía y planos de Moscou editados por Intourist no se menciona más que este.

Visitamos el denominado Instituto Epidemiológico. Nos recibe una al parecer directora del mismo, que nos muestra las distintas dependencias. No hay nada de particular ni mucho menos de original en todas las dependencias que vamos viendo. En un pasillo contemplamos los retratos de Pasteur y de Erlich. Mas allá y en sitio más preferente, están los de Lenin y Stalin. En un pequeño laboratorio el doctor Golouski nos recuerda con admiración a nuestro insigne Ferrán. Nos emociona su dedicación. Una doctora que nos dice ha estado trabajando en Argentina, cuenta el trabajo que llevan a cabo en el Instituto y las investigaciones que realizan sobre temas casi todos ellos ya conocidos. Le preguntamos sobre la posibilidad de salir de Rusia y rehuyendo la pregunta nos contesta que está allí muy contenta. Por lo que después supimos de la guía, creemos que las trabas y dificultades que existen para salir del territorio de los soviets, los pobres rusos, hacen prácticamente imposible el intento, eso en el mejor de los casos y que no los consideren como traidores al Estado, en cuyo caso sólo les queda el dilema de Siberia o la muerte.

Bajo una lluvia muy molesta volvemos al hotel en donde esperaremos la hora de salir de esta tierra. Recordando detalles de lo que hemos visto en estos días pasados, apuntamos el que no hemos visto una mujer con pendientes desde que entramos en Rusia. Mucho menos con anillos ni collares ni adornos de ninguna clase. En cambio una

gran proporción de las que hemos tenido ocasión de tratar, llevaban dientes postizos de metal que lucían con infantil orgullo. Al fin las moscovitas, ya que por lujo o adorno no pueden utilizar adornos «impropios» de una «ciudadana comunista», buscan cualquier medio para poder al menos adornarse con algo.

A dos de nuestros compañeros de expedición que obtuvieron algunas fotografías y que según lo dispuesto por Intourist debían entregar en sus oficinas para proceder al revelado y según la fotografía de que se trate inutilizarla o pretextar ha salido defectuosamente, les entregan dos paquetes hechos con papel de periódico cuidadosamente lacrados, y a la vez que les dicen van en ellos las fotografías que han obtenido, les encargan seriamente la prohibición de abrirlos hasta tanto no estén más allá de la frontera de Polonia sitio por donde haremos el regreso. A excepción de las fotografías de los expedicionarios que nos hicieron en Rusia, todas las restantes sin excepción y según Intourist, salieron mal.

Acompañados por la guía María Aronova, cuya dirección nos dejó para poder escribirle y ella a su vez ir enterándonos de las novedades de Rusia, vamos a la estación de Moscou. Inmensa.

En seguida nos pidieron los pasaportes y billetes y nos dispusimos a dormir en el tren que nos había de conducir a la frontera. Pasamos mucho frío en el tren. Al día siguiente cuando quisimos enterarnos estábamos ya en la Rusia Blanca y muy cerca de Minsk. No vimos la capital en la que hubiéramos saludado a Kroll, el insigne neurólogo que desde aquella antiquísima clínica, que él ahora dirige, derrama sobre el resto de Europa el fruto de sus pacientes y curiosas investigaciones neurológicas. Desde el vagón aún pudimos contemplar las enormes estepas y observar pobres labriegos.

Desayunamos en el vagón. No para el tren en ninguna estación. Cerca del mediodía llegamos a Negoreloye-Gogranisca. Antes de llegar a la estación hay un arco que rematado con una enorme bandera soviética viene a ser el arco de honor de entrada en Rusia. Antes de entrar en la estación, en un puente sobre unos desniveles de terreno, se para el convoy. Puesto otra vez en marcha el tren llegamos a Negoreloye-Gogranisca a las trece horas once minutos. Como ahora vamos a regirnos por distinto uso horario, para ponernos en la hora exacta retrasamos los relojes dos horas. Es el primer obsequio que nos harán en Polonia. Un ciudadano bolchevique mal carado de letra con dificultad el visado ruso de nuestros pasaportes. Nos enteran después que es un miembro de la G. P. U. Empleados de Intourist recogen las maletas en nuestros departamentos. En el local de la Aduana soviética, nos piden en primer lugar el documento que nos entregarán a bordo del Kooperatzia antes de desembarcar y en el que constaba el dinero que llevábamos. No contentos con eso nos lo piden. Un individuo del ejército rojo cuenta los billetes. El registro de los equipajes es lo más minucioso y detallado que hemos visto. No dejan una caja sin registrar. Para poder sacar de Rusia alguno de los objetos allí adquiridos es preciso presentar el resguardo que nos entregaron al comprarlos. Después de soportar este registro que dura dos horas largas, volvemos al tren. Al poco rato hemos franqueado la frontera y llegamos a la simpática estación polaca de Stolpce.

RICARDO ROYO VILLANOVA.